

## MEMORIAS DEL P. LUIS MARTIN, GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS (1846-1906)

José Ramón Eguillor, Manuel Revuelta y Rafael M.<sup>a</sup> Sanz de Diego (editores)  
Institutum Historicum Societatis Iesu - Universidad Pontificia de Comillas -  
Universidad de Deusto - Editorial Mensajero, Roma - Madrid - Bilbao, 1988,  
2 tomos, XLVII+1120 y LII+1075 págs.

El Padre Luis Martín es uno de los cinco españoles que han alcanzado la dignidad de “Papa Negro”: natural de Melgar de Fernamental (Burgos), donde nació en 1846, a los doce años fue admitido en el Seminario de Burgos, en el que inició sus estudios eclesiásticos, y a los dieciocho (en 1864) ingresó en la Compañía de Jesús en el noviciado de Loyola. Exiliado en Francia a raíz de “la Gloriosa” de 1868 (que procedió a la supresión de la Compañía cuando Luis Martín acababa de llegar a San Marcos de León para proseguir sus estudios), regresó definitivamente a España (tras recibir la ordenación sacerdotal a los treinta años e iniciarse como profesor de Teología) con la legalización de la Orden en los primeros años de la Restauración canovista. Desde entonces, sus responsabilidades dentro de la Compañía fueron en aumento y se concretaron en los sucesivos cargos de gobierno que desempeñó: Rector del Seminario central de Salamanca, que el P. Martín reorganizó y revitalizó (1880-1885); director de la revista *El Mensajero* —cuya difusión experimentó también un relanzamiento en esta etapa—, Superior del Colegio de Deusto y —durante unas semanas— primer Rector de la naciente Universidad de Deusto (1885-1886); Provincial de Castilla (que agrupaba el País Vasco, Navarra, Logroño, Santander, Asturias, Galicia, León y Castilla la Vieja), una de las tres provincias que —junto a las de Toledo y Aragón— integraban entonces la Asistencia de España (1886-1891); miembro de la curia generalicia de la

Compañía, que tenía su sede en Fiésole (población próxima a Florencia), y Vicario General tras el fallecimiento del P. General Anderledy (1891-1892); General de la Compañía de Jesús, elegido —en octubre de 1892— en la Congregación celebrada en Loyola, cuya convocatoria y dirección le correspondió en virtud de su cargo de Vicario General. A partir de entonces ejerció el gobierno de la Orden, desde Fiésole y —pronto— desde Roma, ciudad en la que murió en 1906.

Durante el período de su generalato (al menos, entre 1895 y 1902, pero también después de esta fecha, e incluso después de que en 1905 le fuera amputado el brazo derecho), el P. Martín redactó el original de sus “Memorias”, término que parece adecuado para calificar los 2.712 folios autógrafos que tienen “algo de recuerdos, mucho de autobiografía y mucho también de reconstrucción histórica y de transcripción de fuentes” (I, p. XXXIII). Este original es el que —después de numerosos avatares que se narran en la Introducción— fue redescubierto en los archivos de Loyola, preparado y, en buena parte, publicado en dos voluminosos tomos por J. R. Eguillor, M. Revuelta y R. M. Sanz de Diego.

Las *Memorias*, escritas en castellano y en cinco lenguas más —sobre todo, inglés y francés, pero también italiano, latín y portugués, que J. R. Eguillor ha traducido— por un deseo de ejercitarse en ellas, según confiesa el P. Martín (I, p. 3), tienen interés desde diferentes puntos de vista. Probablemente, constituyen un significativo material de espiritualidad, en la medida en que, junto a ese ejercicio lingüístico, hay también una voluntad ascética, manifiesta en los primeros capítulos, pero que se diluye conforme avanzan las páginas. Permiten, por otra parte, reconstruir no sólo la biografía, sino también un retrato de la personalidad espiritual y humana del P. Luis Martín, aunque en este último terreno, sus referencias sean más bien parcas, dejando a veces en el lector una cierta curiosidad sobre los sentimientos, pensamientos o impresiones de Luis Martín en momentos importantes de su vida, como los relacionados —por ejemplo— con el descubrimiento y avance de su vocación o la muerte de sus seis hermanos (a dos de los cuales no llegó a conocer y de los que el de más larga vida vivió 17 años): “En 20 de noviembre de 1854 —apunta escuetamente el autor recordando el fallecimiento de dos de sus hermanos— murió mi hermano Agustín, de ocho años de edad, y en 21 de agosto de 1855 mi hermana Constantina, de un año (...). Yo recuerdo de cómo la llevamos a enterrar y después mis compañeros y yo jugamos a la pelota. ¡Fue un día triste!” (I, p. 29). (Según el cuadro genealógico confeccionado por el propio P. Martín, quien murió en 1855 fue Emeterio, el último de sus hermanos, y no Constantina, que había fallecido en 1851, I, p. 7: en alguna ocasión, hay en las *Memorias* “lapsus” de este tipo, sorprendentes por la meticulosidad y el rigor con que, en general y por lo que señalamos a continuación, está construido el relato). Pero, sobre todo —desde el punto de vista que aquí más nos interesa—, las *Memorias* constituyen una fuente histórica de primer orden, por la abundancia de datos y noticias que contienen y por la relevante personalidad de su autor que las escribió, además, en el marco de una preocupación por la reconstrucción de la historia de la Compañía (el P. Martín, en los primeros momentos de su generalato, atendió a la ordenación del Archivo General de la Compañía, a la preparación del Atlas Geográfico Histórico de la Orden, a la publicación de las primeras fuentes historiográficas,

y a la redacción de las historias de las Asistencias) y con técnicas y métodos de historiador de finales del siglo XIX.

Constituyen una fuente excepcional, desde luego, para la reconstrucción de la historia de la Compañía (e, indirectamente, de la Iglesia católica), sus caracteres, sus actividades, sus casas e instituciones, etc., en una época de crecimiento interno (cfr. las cifras reproducidas en el vol. II, p. XXXIX), pero también sus problemas y tensiones —en su propio seno y con otras instancias eclesiásticas o estatales—, en una época de confusión doctrinal derivada de la consolidación del Estado y de las fuerzas políticas liberales. Como documento imprescindible para la historia de la Compañía han sido profusamente utilizadas por R. M. Sanz de Diego y M. Revuelta, autor este último que trabaja actualmente en la preparación de una historia de la Compañía en la España contemporánea de la que ha publicado ya la parte correspondiente al período 1868-1883. Pero también ofrecen las *Memorias* noticias y datos útiles para otras parcelas históricas o para la historia general.

Así, en el primer tomo, que abarca (en 32 capítulos) hasta el final del Provincialato en abril de 1891 y en el que hay una presentación de los problemas políticos y religiosos en los que el autor tuvo intervención directa, se pueden encontrar descripciones y datos sobre aspectos tan variados como —por no citar más que algunos de los que me han llamado la atención— los siguientes: el ambiente de Melgar y de otros lugares de su comarca (en los primeros capítulos), que puede ser útil para la reconstrucción de la vida rural en un pueblo medio de Castilla a mediados del siglo XIX; la intentona carlista de 1860 y su —en algún aspecto, pintoresca— repercusión en Burgos (pp. 73-75); el sistema docente del “dómine” (pp. 33-37) y la coexistencia —en otro nivel y desde los años de la Restauración— de dos “modelos” educativos representados por la “ratio studiorum” de los jesuitas y por la Institución de Giner de los Ríos, de cuya visita al Seminario de Salamanca, siendo Luis Martín su Rector, tenemos un testimonio directo (pp. 583-585); la oposición de Cánovas al restablecimiento de la Compañía en Loyola, todavía en marzo de 1877, hasta que no se arreglase “lo de los fueros” (p. 474); el ruidoso precedente de la celebración del 1 de mayo en 1887, en Bilbao (huelga de almacenes, comercio y mineros) (pp. 754-755), y la agitación obrera en torno a esa misma fecha en 1889 (p. 878): al menos si el P. Martín no se equivoca de fechas, como, según hemos dicho, ocurre en algunos casos (por ejemplo, el fallecimiento de Fernando Luis de Ybarra lo adelanta el autor en dos años, p. 718); el anticlericalismo valenciano, que se concretó en el asalto a la residencia de los jesuitas en 1890, y el papel que Blasco Ibáñez jugó en ese movimiento (pp. 1049-1054); o, en fin, el dato sobre el número de curas que había en San Sebastián en 1890 (p. 1047). Con todo, probablemente uno de los temas que más páginas ocupa en este primer volumen es el de las divisiones entre los católicos españoles (por la aparición de la Unión Católica, en 1881-1882, primero, y por la escisión del carlismo que dio lugar al integrismo, después) y su incidencia en el seno de la Compañía (en la que, en ambas ocasiones, hubo elementos proclives hacia las dos partes), así como las tensiones con otros elementos o sectores sociales a que dio lugar la postura pro-integrista de muchos jesuitas (postura que chocó con el espíritu liberal de Bilbao y que motivó algunas quejas de D. Carlos contra los jesuitas, pp. 881-889) que no aceptaron fácilmente la prudente postura oficial de la Compañía, cuya jerar-

quía secundó decididamente la doctrina de León XIII en favor de la unidad de los católicos. La actividad del P. Martín en esta línea —a pesar de que se puede adivinar en él una personal proclividad integrista— probablemente le valió la llamada a Fiésole.

El segundo tomo presenta, al menos en parte, características formales distintas a las del primero. Si en éste la narración es ordenada, completa —en cuanto que el relato de los diversos asuntos se remonta al origen de los mismos— y, en definitiva, refleja un metódico trabajo del autor para dejar su texto acabado, en el segundo tomo, estos rasgos se mantienen, en conjunto, en los primeros capítulos: uno, dedicado a los orígenes del Seminario de Comillas (cap. 33), que narra las negociaciones de la Compañía con el Marqués de Comillas, con la Santa Sede y con el Gobierno español; los dedicados a la etapa de Luis Martín en la curia generalicia de Fiésole (caps. 34 y 35); y los que contienen el minuciosísimo relato de la preparación y celebración de la Congregación (entre finales de septiembre y principios de diciembre de 1892) en la que —además de tratar diversos temas— fue elegido General de la Compañía el 2 de octubre (caps. 36 al 46, con más de 300 páginas). Este relato tiene particular interés para la historia de la Compañía, pues ofrece una muy completa panorámica sobre el estado de la misma.

Pero el texto del P. Martín, a partir de su elección como General, está menos trabajado, tratándose más bien —en lo que probablemente fue una labor preparatoria de la redacción definitiva— de textos, muchas veces parciales e incompletos, ordenados cronológicamente o agrupados por temas, que conforman un material (II, pp. 450-452) del que los editores han seleccionado la parte publicada en los capítulos 47 a 60 de este segundo tomo (a los que se añade un cap. 61 que recoge los “Cuadernos de la última enfermedad”). Sin embargo, esta parte tiene todo el interés que le presta el hecho de que el P. Martín no sólo fuese testigo directo —más todavía— de la vida política y religiosa del mundo, sino también un significado responsable de iniciativas destinadas a tener una relevante trascendencia pública. Tres grandes aspectos se pueden seguir gracias a la selección de temas y materiales realizada: la situación interna de la Compañía, reflejada en las intervenciones del P. Martín ante las Congregaciones de Procuradores de 1896, 1899 y 1902; la presencia y actividad de los jesuitas en España y sus repercusiones políticas, en un momento de agitación anticlerical —común a otros países europeos— y de divisiones entre los católicos (agudizadas en la última década del siglo por la aparición del nacionalismo vasco), y entre los propios jesuitas, cuya neutralidad en cuestiones políticas persiguió constantemente el P. Martín en su etapa de gobierno para evitar quejas como la formulada —infundadamente— por el Ministro de Estado, Moret, en 1894, contra un supuesto apoyo económico de la comunidad de Loyola a un levantamiento carlista (pp. 571-574); y las empresas intelectuales y culturales (en particular, su interés, ya señalado, por los estudios históricos, y la fundación de la revista *Razón y Fe*, en 1901) que, junto a la anterior, constituyeron probablemente la segunda gran preocupación del generalato del P. Martín.

Completan la publicación los estudios introductorios que abren cada uno de los tomos (obra respectivamente de M. Revuelta, sobre el valor histórico de la obra, y de R. M. Sanz de Diego, sobre el significado del generalato de Luis Martín), un abundante, sólido y rico en contenido “aparato crítico” (debido

también a los mencionados autores), una amplia relación de los fondos archivísticos y de otras fuentes en donde se pueden encontrar los documentos citados por el autor de las *Memorias* (que redondea la verdaderamente meritoria labor de identificación documental realizada por los editores), una bibliografía bien seleccionada, así como sendas relaciones de obras de y sobre el P. Martín, y finalmente un detallado y muy útil índice de nombres. Todo ello, con una esmeradísima edición y presentación (resalta la casi total ausencia de erratas a lo largo de más de 2.000 páginas) que —además de ser una muestra de profesionalidad, por un lado, y de afecto hacia la figura del P. Martín, por otro— seguramente resultaría muy grata a la personalidad de este burgalés universal, cuya figura y cuya acción quedan, con esta obra, rescatadas definitivamente para la historia.

*Ignacio Arana Pérez*  
Profesor Titular de Historia Contemporánea  
Universidad del País Vasco